

cinema. No debemos perder la esperanza de verlo colocarse a la cabeza de la cruzada de la cultura, en cuyas filas militan la radio, el periódico y el libro. Hay que pensar en lo que sería el cinema, no como medio de explotación, sino como instrumento de difusión cultural, arrancándolo de manos de los empresarios fenicios y entregándolo a sociedades artísticas, científicas y educativas.

El cinema norteamericano, que es el que cuenta tal vez con mayor número de adelantos materiales, es el más atrasado en lo que se refiere a su desenvolvimiento interior. Falta de invención, uniformidad desesperante de asuntos, técnica arbitraria, desconocimiento de todo factor ideológico y psíquico, gusto exagerado por la pseudohazaña, son las características del film yanqui. Los empresarios norteamericanos se han preocupado tan sólo de aumentar la "fuerza exterior" del cinema, dotándolo de todos los mecanismos necesarios a su perfeccionamiento material. El sonido y el color han venido a enriquecer el film moderno que se conquista gradualmente los públicos de todo el mundo. Mas, a pesar de la policromía y la sincronización, el cine continúa siendo un espectáculo cándido e infantil, como fue el guiñol o el teatrillo de fantoches. Es que le falta un gran soplo espiritual que le anime y le incorpore realmente a la vida. El film ruso, el alemán y el eslavo han iniciado ya esta obra de adaptación humana, que es una segunda creación.

#### EL CULTO DE LA MAQUINA Y DE LA PUBLICIDAD

Sobre los tejados corren alfabetos eléctricos. Las fachadas de las casas están cubiertas de una floración luminosa y los altoparlantes gritan, dialogan y cantan sobre la muchedumbre, en todas direcciones. Bocinas que aúllan como mastines, campanillas persistentes y agudas, timbres irradiantes como dolores nerviosos, sirenas de barcos que mugen bovinamente, pitos de sonido perforador desgarran el aire de la gran urbe. Pasan sin

descanso los automóviles de antenas de luz, los tranvías—con su ombligo de cristal iluminado por dentro—, los ómnibus, que son los verdaderos paquidermos de la circulación urbana, los trenes elevados, que subrayan el cielo con su veloz trazo de oro. Debajo del suelo ruedan como torrentes de hierro los trenes subterráneos. Máquinas y hombres pululan por todas las avenidas y pascos, y se precipitan en las plazas formando la peligrosa ruleta del tráfico. Los anuncios lo cubren todo como una vegetación monstruosa: en el pavimento florecen letreros de colores; por las fachadas trepan enredaderas de palabras; los tejados y las cúpulas se coronan de resplandores acrobáticos; en el aire navegan súbitas claridades; rubrican el cielo con sus iluminaciones los aviones de propaganda.

Los hombres ya no se comprenden entre ellos porque han empezado a hablar las máquinas. Por todas partes resuenan coros de hierro y de acero. Máquinas para cortar y para rehacer, para aserrar, moler, pulverizar; máquinas para tejer, coser, hilar y deshilar, destruir y componer; máquinas para destilar, quemar, fundir; máquinas para mezclar, dilatar, reducir, calcular, andar y ver. Máquinas para fabricar salchichas y para ajusticiar a los reos. Máquinas para suprimir la descendencia y para lactar a los niños. Máquinas para conducir otras máquinas y para jugar al ajedrez. Solamente no se ha inventado todavía, dice con suave ironía el profesor Alfred Siegfried, "la máquina para coger fresas".

Este es el espectáculo de la civilización mecánica que nos ofrecen los Estados Unidos. Civilización baconiana—como la define justamente Duhamel—"porque descansa toda entera sobre las aplicaciones del método inductivo". Las creaciones materiales del hombre, multiplicándose hasta sobrepasar todas las fantasías, amenazan reducir cada vez más los dominios del espíritu. Las máquinas que al principio se inventaron para la economía del esfuerzo, para la ayuda

del trabajador manual, ahora son empleadas para producir febrilmente hasta congestionar los mercados del mundo. A medida que se intensifica esta locura de la producción, va creciendo esta publicidad que prepara las puertas de escape. La máquina, sin la "réclame", pronto sería inutilizada por su propia obra. Los anuncios abren nuevas vías de circulación a esos verdaderos ríos de productos que lanza la máquina sobre la tierra. Naturalmente esta propaganda no favorece sino al fabricante, que por este medio obliga a ponerse al servicio de sus intereses a los demás hombres, transformándoles en sus compradores, es decir, engañándolos, pues los valores auténticos de las cosas resultan falseados por el lente de aumento de la publicidad exagerada.

En las ciudades norteamericanas, los grandes anuncios entablan una especie de duelo para adueñarse del hombre—del comprador—y reducirlo a una cifra en el libro de caja del industrial moderno, señor del mundo. Estados Unidos es el único país donde la posesión de la materia por ruin que sea, concede al hombre una realeza: el rey del acero, el rey del azúcar, el rey del carbón tienen tantos palacios y súbditos como los que antaño poseían los monarcas de mandato divino.

Con un tipo de civilización semejante asentada sólo en lo temporal, los valores morales quedan postergados y acaban por desaparecer. La civilización y la cultura libran su batalla en tierras de la Unión, y la ventaja es hasta este momento de la primera, como no podía ser de otro modo en un pueblo que ha hecho de la bolsa su templo y del "ring" el altar de un nuevo culto.

#### HOMBRES DE COLOR

Uno de los capítulos más interesantes del libro de M. Georges Duhamel es el que trata de la separación de las razas en los Estados Unidos. Toda la piedad, toda la ternura del gran escritor francés, apóstol de una huma-

nidad más justiciera, aparecen en esas páginas. Algunas figuras de negros pasan a través de ellas, mas se esfuman casi inmediatamente. Hubiéramos deseado, es verdad, pinturas más completas, mayor número de sucesos narrados con ese gran temblor humano que el autor de "*Confesión de Medianoche*" y "*Vida de los Mártires*", sabe infundir a sus creaciones; pero la intención del ilustre viajero era otra y ha preferido ofrecernos un alegato contra la civilización despiadada que repudia y acusa a los hombres de color.

El "coloured people" sufre un verdadero calvario en algunos Estados de la Unión. Los negros son rechazados de todas partes y obligados a aislarse como los leprosos. Les está vedado el contacto con los hombres blancos, hasta en los más pequeños menesteres de la vida diaria. Hay hoteles, cines, tranvías, almacenes, sólo para la raza maldita. Los hombres de color no tienen entrada en los recintos que la civilización americana construye para admiración del mundo. Ni siquiera el cementerio, pórtico del más allá, les admite en su seno. No hay muerte niveladora para ellos. Los huesos de estos infelices son destinados a un cementerio especial, cerrado y amurallado, que es como el símbolo de la soledad eterna de su raza. Los ciudadanos de los Estados Unidos emprenden el viaje sin retorno, practicando las supersticiones religiosas de los negros, pero sin perdonarles la afrenta de su piel. "Nada hay de común entre las razas, hasta en el aniquilamiento, dice Duhamel. Nada hay de común sino esta cruz dolorosa, esta cruz impotente, que hace, de ambos lados de la calle, a pesar de las murallas, su mismo signo de imposible concordia."

Sin embargo, los antiguos esclavos negros trabajaron esforzadamente para la riqueza de la Unión y han aportado a ella su energía y su espíritu. Por los resquicios de la vida americana se escapa, de vez en cuando, el aliento misterioso de estos abuelos y sopla